deliciosa anécdota acaecida en el desierto de Egipto; los protagonistas son él mismo y el santo *apa* Teodoro:

> «Una vez este mismo abad Teodoro vino de improviso a mi celda en plena noche, vigilando secretamente, con paterna curiosidad, lo que yo hacía solo siendo anacoreta todavía novato. Me encontró cuando me estaba acostando sobre mi estera, apenas terminado el oficio de la noche, y mi cuerpo fatigado empezaba a descansar. Entonces, suspirando profundamente y llamándome por mi nombre, me dijo: '¡Oh Juan, cuántos en este momento conversan con Dios y lo retienen y abrazan en sí mismo! ¿Y tú te privas de tan gran luz vencido por un sopor estéril?'».

Biblia y oración

Mención aparte merece un último rasgo verdaderamente sobresaliente que distinguimos en la oración de los monjes antiguos: su sabor esencialmente bíblico. En realidad, todas las fórmulas de plegaria que nos ha legado el monacato primitivo están henchidas de savia bíblica, de ideas bíblicas, de sentimientos bíblicos, de palabras bíblicas. Y esto, por lo común, hasta un grado que nos llena de asombro.

Los monjes antiguos no podían orar de otro modo. Primero, porque profesaban una devoción total a la palabra de Dios. La Escritura —lo hemos visto— era la verdadera regla monástica y el espejo en que el monje hallaba ejemplos magníficos que imitar; la Biblia era el libro del monje, y el monje, el hombre de la Biblia. Cuando se trataba de oración, esto, naturalmente, seguía siendo verdad. La palabra de Dios contenida en los libros sagrados constituía el alimento y el estímulo de la plegaria monástica. El verdadero monje había penetrado en la vida de la Biblia, que es la vida de comunión e intimidad entre Dios y el hombre, en la que Dios toma la iniciativa del diálogo y, al propio tiempo, suscita, o mejor, crea y anima, la respuesta de su creatura humana. Jalo-

nada en toda su extensión de innumerables oráculos divinos y de admirables plegarias, en que el hombre, inspirado por él, expone a su Padre del cielo sus necesidades, le explica sus triunfos y sus desgracias, sus alegrías y sus tristezas, y le expresa su adoración y su amor, su compunción y su acción de gracias, la Escritura, «divinamente inspirada», no sólo enseñaba al monje cómo debía orar, sino que ponía en sus labios las palabras mismas con que expresar a Dios su fe, su esperanza, su amor y todos los sentimientos más puros capaces de brotar del corazón humano tocado por la gracia. La idea que de la oración se hacían los antiguos la resume excelentemente Jean Leclercq cuando escribe: «Dios nos ha hablado, y sus palabras nos han sido consignadas en un libro, en *el Libro*, la Biblia. Por consiguiente, la Biblia debe ser la fuente normal de la oración. La Biblia proporciona a la plegaria todas las palabras que ésta necesita para ser una plegaria, para ser acepta a Dios. Gracias a la Biblia, la oración puede ser una eucaristía: una *eucharistia* o *gratiarum actio*. Devolvemos a Dios lo que hemos recibido de él; decimos a Dios las palabras que Dios nos ha dicho».

Su libro de oración por excelencia era el Salterio. Como es bien sabido, los salmos constituían la parte principal y más característica del oficio canónico, que ningún monje dejaba de recitar; su rezo, su «rumiación» *(melete, meditatio)*, acompañaban y vivificaban el trabajo manual de los solitarios en el recogimiento de la celda; algunos de sus versículos más enjundiosos y expresivos, como el *Deus in adiutorium* de Casiano, eran usados continuamente a guisa de jaculatorias. La salmodia, conforme al sentir de nuestros monjes, era útil para todo: como escuela de oración, como arma contra el demonio, como acicate que estimulaba al alma falta de fervor, como instrumento perfecto para obtener el espíritu de compunción y sus estupendas secuelas: las lágrimas, el silencio interior, la quietud total.

Un monje que no rezara los salmos en público y en privado, que no los supiera de memoria, que no estuviera impregnado de sus sentimientos, era sencillamente inimaginable. Incluso se dio el caso de que algunos candidatos a la vida eremítica pasaran varios años en un cenobio con el fin de aprender de coro el Sal-

terio. La recitación de los salmos era considerada como la mejor defensa contra demonios y pasiones y el mejor reclamo para atraer los ejércitos angélicos. Ocupaba en la vida del monje un lugar tan preeminente, que toda la actividad monástica podía designarse con el vocablo «salmodia».

El Salterio era la escuela de oración del monacato primitivo. Su recitación casi continua, acompañada por el constante esfuerzo de traducir en actos las divinas enseñanzas que contiene, iniciaba al asceta en el arte de apropiarse las oraciones de la Escritura. Es clásica la doctrina de Casiano sobre este punto: gracias a la práctica del ascetismo, penetramos tan profundamente en las Escrituras, que se nos manifiesta su corazón y meollo, por así decirlo, «cuando nuestra experiencia no sólo nos permite conocerla, sino que hace que anticipemos este mismo conocimiento, y el sentido de las palabras no se nos descubre por una explicación, sino por la prueba que de ellas hemos hecho». Y en seguida vienen estas frases memorables: «Penetrados de los mismos sentimientos en que el salmo fue cantado o compuesto, nos convertimos, por así decirlo, en sus autores y anticipamos su pensamiento más bien que lo seguimos; comprendemos el sentido antes de conocer la letra».

«Tu Salterio es mi corazón», exclama San Jerónimo dirigiéndose al Señor. El gran libro de plegarias del Antiguo Testamento, y, en general, la Biblia entera, proporcionaba al monje la voz de su oración. Pero no cabía hacerse ilusiones: llegar a compenetrarse con la vida de oración de la Escritura es una meta difícil de alcanzar; supone una larga educación. Acabamos de ver cómo Casiano hace hincapié en la necesidad de vivir según la Biblia para poder orar con la Biblia. Otro precepto importante que recoge el autor de las *Colaciones* consiste en rechazar toda curiosidad meramente intelectual, evitar el mariposeo de un texto a otro sin profundizar realmente ninguno y, *a fortiori*, excluir todo pensamiento ajeno a la salmodia. Es claro que un monje que no acataba esta disciplina, no llegaba jamás a orar verdaderamente con la Biblia. En cambio, los que lograban alcanzar este objetivo difícil, no sólo rezaban con palabras y sentimientos de la Escritura, sino que hacían de ésta el vehículo

normal de los propios pensamientos y afectos más personales e íntimos. Porque lo más maravilloso del caso no es que las oraciones monásticas que nos han llegado estén casi íntegramente compuestas de elementos bíblicos, sino que dichos elementos se hayan convertido, indiscutiblemente, en carne y sangre de la plegaria del monje. Colmadas de sentimientos de alabanza, gratitud, compunción y todos los más nobles afectos del corazón humano, las viejas oraciones monásticas dan una impresión inequívoca de naturalidad, espontaneidad y fluidez admirables.

La «lectio divina»

Son conocidas las palabras de San Jerónimo a la virgen Eustoquia: «Sea tu custodia lo secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas a tu Esposo; cuando lees, él te habla a ti». Años antes, el propio Jerónimo había escrito a Rufino en una poética evocación de la vida de su común amigo Bonoso, que se había hecho anacoreta en un islote escarpado: «Ora oye a Dios cuando recorre por la lección los libros sagrados, ora habla con Dios cuando hace oración al Señor». San Agustín conocía también esta hermosa idea, como lo prueba un texto de las *Enarrationes in psalmos:* «Tu oración es una locución con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, tú hablas a Dios». Muy anteriormente a San Jerónimo y San Agustín, San Cipriano aconsejaba a Donato: «Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura. Ora habla con Dios, ora Dios contigo».

Teóricamente, la vida espiritual del monje no conoce más que dos ocupaciones perfectamente complementarias: la oración y la lectura. «A la oración sucede la lectura; a la lectura, la oración», era la consigna expresada por San Jerónimo, pero en modo alguno inventada por él. Cierto que el monje también debía trabajar; pero el trabajo no podía ser un obstáculo a la oración, como no lo eran las tareas episcopales para el gran modelo de los monjes de Occidente, San Martín de Tours; según lo que nos dice Sulpicio Severo, «no pasó hora o momento alguno que no dedicara a la oración o a la lectura; aunque, incluso mientras leía o hacía otra cosa, nunca dejaba de orar».

Los maestros espirituales del monacato primitivo concedieron a la lectura un puesto de gran relieve en la teoría general de la vida religiosa. La expresión *lectio divina* se halla ya en San Ambrosio, San Agustín y otros Padres; gracias sobre todo a San Benito, la consagrará el uso de los siglos monásticos.

La mística oriental (*)

La oración del publicano: "Señor, ten piedad de mí, pecador", debe acompañar a los justos hasta la puerta del Reino (1)...

Si el hombre no se vuelve hacia Dios por su propia voluntad y con todo su anhelo, si no se dirige a él en plegaria con la fe entera, no puede ser curado (2).

La plegaria comienza por el llanto y la contrición, sin que se convierta en pasión, como dice San Nilo Sinaíta (3).

Existe la plegaria activa, la de las palabras, que desemboca en la impasibilidad (conformidad con la voluntad de Dios), que es el límite de la plegaria (4).

Ahí empieza la plegaria contemplativa, sin palabras, donde el corazón se abre en silencio ante Dios. La oración es la fuerza motriz de todos los esfuerzos humanos y de toda la vida espiritual. Es "la conversación con Dios que se hace en secreto", es también "todo pensamiento sobre Dios, toda meditación sobre las cosas espirituales", dice San Isaac Siriaco, dando un sentido muy amplio a la palabra plegaria (5).

La unión con Dios no puede realizarse fuera de la plegaria, pues la plegaria es una relación personal del hombre con Dios. Ahora bien, la unión debe efectuarse en las personas humanas, de forma personal, consciente y voluntaria. "La virtud de la plegaria lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios —dice San Gregorio Palamas— pues la plegaria es el vínculo de las criaturas racionales con su Creador (6). Es más perfecta que el ejercicio de las virtudes, al ser la conductora del coro de las virtudes (7).

El conjunto de las virtudes debe servir para la perfección de la plegaria; por otra parte las virtudes no pueden ser estables si el espíritu no está constantemente orientado hacia la plegaria.

Pero la mayor de las virtudes, la caridad, el amor a Dios en el que se realiza la unión mística, es el fruto de la plegaria, dice San Isaac Siriaco (8).

La plegaria empieza con las peticiones; es "la plegaria de súplica", según Isaac Siriaco, inquieta, cargada de preocupaciones y de temores. No es más que una preparación a la verdadera plegaria, a la "plegaria espiritual", una elevación gradual hacia Dios, el esfuerzo, la búsqueda. Pero poco a poco el alma se concentra y se reúne, las peticiones particulares se desvanecen y parecen inútiles, pues Dios contesta a la plegaria haciendo manifiesta su providencia que todo lo abarca. Se deja de pedir, pues uno se confía enteramente a la voluntad de Dios. En este estado se llama "la oración pura".

Es el límite de la oración cuando nada de lo que es ajeno a la oración entra ya en la conciencia, ni desvía ya la voluntad orientada hacia Dios, unida a la voluntad divina.

NOTAS

(*) Teología mística de la Iglesia de Oriente, cap. X (Herder. 1982).
(1) Wensinck, p. 338.
(2) S. Macario de Egipto, Hom. spir., XXXIII, PG 34, 741.
(3) De Oratione, c. 8, PG 79, 1169 AB.
(4) Wensinck, p. 294-295.
(5) PG 150, 1117 B.
(6) San Gregorio Niseno, *De Instituto Christiano* PG 46, 301 D.
(7) Wensinck, p. 318 s.
(8) Wensinck, p. 113.

INDICE

PROLOGO 5

INTRODUCCION 7
A. Del siglo segundo al concilio de Nicea (325) 7
B. Los Padres de la Iglesia de los siglos 4.º al 6.º 21
C. Oración en la Edad Media 42
F. La Iglesia Católica, siglos XVI al XIX 67

PRIMERA PARTE
La Oración en la Biblia 101

SEGUNDA PARTE
La Oración en el Magisterio de la Iglesia 133

TERCERA PARTE
La Oración en los Santos Padres 145
San Clemente Romano 145
San Ignacio de Antioquía 146
San Policarpo 147
San Justino 148
San Hermas 149
San Ireneo 151
San Clemente de Alejandría 152
Tertuliano 155
Orígenes 158
San Hipólito Romano 163
San Pacomio Abad 165
San Antonio Abad 166
San Cipriano 168
San Dionisio el Grande 180
San Serapión de Thmuis 180
San Hilario de Poitiers 181
San Atanasio 185
San Efrén 186
San Isaac Abad 190

San Basilio Magno 191
San Orsieesio Abad 201
San Cirilo de Jerusalén 201
San Gregorio Niseno 205
San Macario Egipcio 217
San Gregorio Nacianceno 222
San Ambrosio de Milán 225
San Dídimo el Ciego 231
San Siricio Papa 234
Evagrio Póntico 235
San Arnobio de Sicca 254
San Epifanio 254
San Juan Crisóstomo 259
San Cromacio de Aquileia 292
San Sulpicio Severo 294
San Jerónimo 295
San Paladio 298
San Agustín 299
1. La gracia y la oración 300
2. La oración perseverante 314
3. De la confianza en la oración 322
4. En nombre de Cristo 334
San Paulino de Nola 338
San Celestino Papa 340
San Marcos Ermitaño 341
San Juan Casiano 343
San Isidoro de Pelusio 345
San Cirilo Alejandrino 347
San Nilo 353
San Pedro Crisólogo 356
San León Magno 360
San Diadoco de Fotique 365
San Fausto de Riez 369
San Gelasio Papa 370
San Hesiquio de Jerusalén 370
San Fulgencio de Ruspe 372
San Barsanufo Anacoreta 374

San Cesáreo de Arlés 377
Seudo Dionisio Areopajita 379
San Benito Abad 380
San Doroteo Abad 381
San Leandro de Sevilla 383
San Gregorio Magno 384
San Modesto 389
San Juan Clímaco 389
San Isidoro de Sevilla 401
San Sofronio 406
San Máximo el Confesor 407
San Fructuoso 413
San Ildefonso de Toledo 415
San Isaac Siriaco 417
San Anastasio Sinaíta 422
San Germán de Constantinopla 425
San Beda el Venerable 426
San Hesiquio de Batos 427
San Juan Damasceno 431
San Tarasio 433
San Teodoro Studita 434
Padres del Desierto 435